

La utopía cibercomunista

A propósito de Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo*, Madrid, Trotta, 2017, 280 pp.

Víctor Atobas*

1. Las herramientas de análisis: el método del cambio de valencias operado por Jameson

En los análisis de Jameson, que abarcan prácticamente la totalidad de los campos culturales –cine, medios de comunicación, música, pintura, literatura, arquitectura, entre otros ejemplos– encontramos operando tres métodos de análisis de la pulsión utópica. El norteamericano tomó de Bloch el concepto de impulso utópico que, desde el punto de vista del sujeto, consiste en una experiencia subjetiva en la que lo que primeramente aparece como aspiración, luego surge como deseo y se transforma así en impulso. Si cambiamos la perspectiva hasta el punto de vista del objeto, el impulso utópico consiste en la tendencia de la materia hacia el todavía-no-ser, en tanto que todo ente es ente-en-posibilidad. Sintetizando los dos aspectos de la definición, entendemos que la pulsión utópica es el impulso hacia el todavía-no-ser y la colectividad.

Los métodos de análisis de impulso utópico son complementarios entre sí. Lo que hemos denominado como “primer método” lo toma Jameson de Bloch, especialmente de la obra de este último titulada *El principio esperanza* (1959): consiste en buscar “los fragmentos de experiencia que delatan la presencia de figuras simbólicas [...] que sólo posteriormente serán identificadas como las formas por las cuales se puede transmitir un deseo en esencia utópico”². El “segundo método” de interpretación del impulso utópico consiste precisamente en la actualización de la metodología blochtiana, mediante la reescritura en términos postmodernos y el análisis de las obras a partir de las categorías de cuerpo, tiempo y colectividad. Jameson señala a este respecto que “desearíamos reorganizar en un momento la obra de Bloch en tres niveles distintos de contenido utópico: el cuerpo, el tiempo y la colectividad”³. El “tercer método” o “método de cambio de valencias” consiste en estudiar las precondiciones lógicas de aparición de un determinado fenómeno, concibiendo lo negativo como elemento que podría ser considerado como positivo en un sistema

diferente. A este respecto, Jameson se pregunta por el nombre más adecuado para este método complementario de interpretación del impulso utópico. Señala que, mientras que el término de “genealogía” en el sentido en que Foucault lo toma de Nietzsche podría utilizarse para denominar a dicho método, puesto que analiza las precondiciones de irrupción de un fenómeno, no resulta un término del todo adecuado debido a que se refiere a acontecimientos que ocurrieron en el pasado.

La operación misma, no obstante, consiste en un esfuerzo prodigioso de cambiar las valencias de fenómenos que hasta ahora solo existen en nuestro propio presente; y de experimentar claramente positivas cosas que claramente son negativas en nuestro propio mundo, afirmar que la distopía es en realidad utópica si se la examina más de cerca, aislar rasgos específicos de nuestro presente empírico para leerlos como componentes de un sistema diferente [...]. Esta clase de hermenéutica prospectiva es una acción política en un único sentido específico: como contribución al redespertar de la imaginación de futuros posibles y alternativos, un redespertar de esa historicidad que nuestro sistema – ofreciéndose como el propio fin de la historia– necesariamente reprime y paraliza⁴.

En este sentido, creemos que la metodología más adecuada para comprender la teoría cibercomunista es el cambio de valencias; si en un primer momento podemos captar la tecnología cibernética, la inteligencia artificial y el *big data* como negativos en nuestro presente –en tanto dichas invenciones son utilizadas por los intereses del dominio–, entonces el método del cambio de valencias consiste precisamente en entender que dichos inventos pueden ser articulados positivamente para planificar una economía socializada y planificada en la que se eliminen la opresión y la explotación de la mayoría social, eliminando la propiedad privada y la sociedad de clases mediante un periodo de transición hacia el comunismo cibernético. Esto último es lo que proponen la teoría del cibercomunismo de Paul Cockshott y Maxi Nieto.

* Seudónimo de Víctor Gómez López.
Universidad Complutense de Madrid
vicgom06@ucm.es

¹ F. Jameson, *Arqueologías del futuro: El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*, Madrid, Akal, 2009, p. 20.

² *Ibidem*, p. 18.

³ F. Jameson, *Valencias de la dialéctica*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, p. 494.

Pero antes de analizar la propuesta cibercomunista, debemos referir la forma en que Jameson opera la metodología del cambio de valencias en su análisis de Wal-Mart. Como pensador dialéctico, el norteamericano entiende que la crítica debe incorporar lo negativo, pero también lo positivo, “en la unidad de un único pensamiento”⁴. A este respecto, incorporará las críticas que se hacen a la cadena comercial, que considera tendente al monopolio en los Estados Unidos: afecta negativamente al tejido del comercio local; reduce el número de empleos que se encuentran disponibles en esa ciudad; no ofrece a sus trabajadores una cobertura de salud y lleva a cabo una persecución de las actividades sindicales de estos; se aprovecha de las condiciones precarias de los inmigrantes y de los talleres ilegales situados fuera de Estados Unidos, donde emplean a niños; la cadena comercial ejerce una suerte de dictadura sobre sus proveedores; Jameson menciona también que Wal-Mart destruye comunidades y ecologías, y que en ese sentido el análisis debe incorporar todos estos aspectos negativos.

En el momento en que el norteamericano opera su análisis, Wal-Mart es la compañía más grande de Estados Unidos; apuntando esto deseamos referir que Jameson vincula a dicha compañía con la tendencia del capital a la acumulación y la formación de monopolios, una tendencia autodestructiva que consiste en la extinción del mercado por obra del mercado mismo, y que ilustra con el ejemplo histórico de Wal-Mart. Jameson señala que “lo que generalmente se pone en juego en la explicación es, por supuesto, el crecimiento del monopolio: y en efecto será un monopolio que perversamente deseo identificar como un fenómeno utópico”⁵.

Además de recurrir a Marx, el norteamericano considera que en Lenin podemos encontrar la insistencia en que los fundamentos de la sociedad comunista se encuentran desarrollándose en la sociedad actual –a este respecto, el pensamiento leninista se muestra articulando según la categoría hegeliana de actualidad–, no sólo mediante la socialización del trabajo gracias a la sindicalización, sino muy especialmente a través de la forma monopolista. “Para Lenin, la «disolución del Estado» consiste muy específicamente en la captura de los monopolios y en su gerenciamiento por parte de los mismos productores, que de un manotazo hace desaparecer no sólo la clase gerencial sino también el Estado”⁶. Lenin señala que el capitalismo ha generado un mecanismo de contabilidad: los bancos. A este respecto, podemos señalar que Paul Cockshott y Maxi Nieto parecen operar el método de cambio de valencias cuando proponen un nuevo tipo de contabilidad, no comercial, basada en las horas de trabajo y operativa en los planes macronómicos.

Pero lo que nos interesa ahora es señalar que Jameson opone esta teoría del nacimiento de los fundamentos de la sociedad comunista en la actualidad –a través del monopolio–, a la utopía de los grupos pequeños y la autorganización que defiende la izquierda. Por un par-

te, Wal-Mart aparece como una imagen de la sociedad del futuro, en la que se ha atenuado la tensión entre la producción y la distribución; por otra parte, la utopía de los grupos pequeños pretende regresar “a un pasado que ya no existe”⁷ y aboga por el regreso de grupos pequeños como cooperativas. A este respecto, Jameson señala que para Marx la propiedad privada capitalista negó primeramente la propiedad privada individual de la vieja organización de pequeños propietarios, aunque posteriormente el desarrollo de la producción y de las fuerzas productivas terminaría por generar no la restauración de esa propiedad privada, sino la negación de la negación: la propiedad colectiva de la tierra, así como de los medios de producción.

El norteamericano recoge las palabras de la obra de Charles Fishman titulada *The Wal-Mart Effect* (2006), para señalar las dificultades que encuentra el analista, en tanto que “Wal-Mart es algo absolutamente nuevo [...]. En el momento, somos incapaces de entender a Wal-Mart como sociedad porque no nos hemos equipado para manejarlo”⁸. De esta manera, Jameson indica que hay un pensamiento que es capaz de pensar lo nuevo, explicando por qué el pensamiento tradicional se muestra inoperativo en el análisis de un fenómeno como Wal-Mart –u otras compañías de tendencias monopolistas, como Amazon–: se refiere, evidentemente, al pensamiento dialéctico.

Y es que el pensamiento dialéctico es un pensamiento en la ambivalencia. Por eso, respecto al predominio de un amplio abanico de mercancías de distinto tipo, así como al predominio geográfico que ejerce Wal-Mart sobre los mercados de consumidores, Jameson se pregunta acerca de la contradicción de una cadena comercial que se encuentra extinguiendo al propio mercado.

Pero ¿qué es esta contradicción peculiar si no la versión contemporánea de lo que Marx llamaba negación de la negación? Wal-Mart, entonces, no es una aberración o una excepción, sino más bien la expresión más pura de esa dinámica del capitalismo que se devora a sí misma, que extingue el mercado por obra del mercado mismo. El carácter dialéctico de la nueva realidad que representa Wal-Mart está en gran medida en el origen de la ambivalencia universal respecto de esta operación de negocios, cuya capacidad para reducir la inflación y para mantener bajos o incluso bajar los precios y volver accesible la vida para los más pobres de los norteamericanos⁹.

Es decir, la dinámica del capitalismo parece encaminarse a su destrucción, a la extinción del mercado; y esta ambivalencia se encuentra en los propios consumidores de cadenas monopolistas como Wal-Mart o Amazon, que son críticos con dichas empresas al tiempo que compran en estas a precios bajos, pudiendo mantener su nivel de consumo. En este sentido, lo que nos propone Jameson es que huyamos de los juicios morales: la dialéctica no es moral, y en este sentido señala que Marx y Engels celebraron en el *Manifiesto comunista* tanto el

⁴ *Ibidem*, p. 479.

⁵ *Ibidem*, p. 475.

⁶ *Ibidem*, p. 476.

⁷ *Ibidem*, p. 477.

⁸ C. Fishman, *The Wal-Mart Effect*, Nueva York, 2006, pp. 221–222.

⁹ F. Jameson, *Valencias de la Dialéctica*, op. cit., p. 479.

desarrollo de las fuerzas productivas como la negatividad inherente a esta.

De esta manera, Jameson incorpora lo negativo en el análisis de Wal-Mart, pero lleva a cabo una celebración escandalosa –sobre todo para los pensadores que defienden la utopía de los grupos pequeños y las cooperativas–. Así, gracias a Wal-Mart, “se alientan y se satisfacen nuevos deseos tan abundantemente como lo precedían los teóricos de los sesenta (y el propio Marx), y los problemas de distribución se tratan triunfalmente en toda clase de nuevas innovaciones tecnológicas”¹⁰. El norteamericano estudiará las condiciones lógicas de aparición del fenómeno, encontrando que esta ha sido posibilitada por diferentes innovaciones. El código de barras, por ejemplo, supone según Jameson una inversión de la relación de poder que se establecía entre el vendedor minorista y el distribuidor mayorista, al conseguir que las cajas electrónicas registraran la información del código de barras, permitiendo conocer las fluctuaciones de la demanda –así como otros datos– de forma rápida y fiable. Según Jameson el código de barras aparece como el equivalente de internet en el mundo de las mercancías. Esto resulta de especial interés para este trabajo, en tanto que las innovaciones tecnológicas como el código de barras o la tecnología cibernética posibilitan una capacidad de cálculo que resulta imprescindible para la planificación económica.

A este respecto, Cockshott y Nieto afirman que “en tiempos de la URSS, dada la insuficiente capacidad informática y de las telecomunicaciones existente, este tipo de cálculo exhaustivo no era todavía posible”¹¹, de modo que la coordinación y la planificación tendían a fracasar. Sin embargo, en la actualidad, gracias a que el código de barras y la gestión del stock se realizan a través de procesos informáticos on-line, afirman que la planificación resulta una posibilidad dotada de todo el peso de la objetividad histórica. Un ejemplo lo encontramos en Amazon, dado que dicha compañía realiza pedidos a los proveedores de forma simultánea a los pedidos de los clientes; esta es una figura de la planificación que acaba con el caos del mercado.

Por otra parte, refiriendo la invención del *container*, Jameson señala que se trata de una invención que concierne al espacio y que puede ser considerada como “respuesta a la demografía y a la superpoblación en el terreno social”¹². La aparición de Wal-Mart fue posible gracias a inventos como el *container*, que afecta tanto a la distribución como a la producción, planteando el problema de la dialéctica entre la calidad y la cantidad. Por tanto, Jameson no pretende mantener la productividad capitalista, sino aplicar el método de cambio de valencias para captar la forma en que el futuro utópico emerge en nuestro propio presente.

Pero debemos apuntar que, mediante el análisis de Wal-Mart, Jameson no trata de amputar la parte capitalista del monopolio; por el contrario, de lo que trata es de detectar la emergencia de un nuevo concepto de producción en el que se atenúa la tensión entre producción y

distribución que caracteriza a la producción capitalista. Es en este sentido que Jameson se distancia de Lenin, quien pretendía que después de la ruptura revolucionaria, se eliminara la parte capitalista del aparato bancario.

“Utópico”, a saber, que lo que es actualmente negativo puede imaginarse como algo positivo en ese inmenso cambio de valencias que es el futuro utópico. Y así es como quiero que consideremos a Wal-Mart [...]; a saber, como un experimento del pensamiento; no, de acuerdo con la modalidad cruda pero práctica de Lenin, como una institución de la que (después de la revolución) podemos “amputar lo que mutila capitalistamente este aparato excelente”, sino más bien como algo similar a lo que Raymond Williams llamó lo emergente, en oposición a lo residual; la forma de un futuro utópico acechando a través de la niebla, un futuro utópico que debemos aferrar como oportunidad de ejercitar más plenamente la imaginación utópica, antes que como ocasión de hacer juicios moralizantes o practicar una nostalgia regresiva¹³.

Wal-Mart no es considerado por el norteamericano como un nuevo modo de producción, sino como una imagen o experimento del pensamiento mediante el que los lectores –politizados gracias al pensamiento utópico, que es siempre dialéctico– podemos captar lo emergente. Así, hemos referido al método de cambio de valencias para remitir a las invenciones que posibilitaron la irrupción de un fenómeno en apariencia negativo como la destrucción del mercado, a la que va aparejada la pérdida del tejido local de las comunidades. Mientras que Wal-Mart ejerce una dictadura sobre sus proveedores, obligándolos a reducir la calidad de sus productos, llegando incluso a expulsarlos del mercado; el norteamericano señala que “este poder podría ejercerse de un modo exactamente opuesto: «utilizando su enorme capacidad de compra»”¹⁴.

Si Wal-Mart cuenta con incentivos morales basados en la ética protestante, que se refleja en una política de precios bajos que ahorra hasta el último centavo permitiendo a los estadounidenses mantener su estilo de vida, entonces cuenta también con un poder de compra que podría posibilitar que la compañía impusiera estándares ecológicos a sus proveedores; es más, no sólo imposiciones que conservaran los ecosistemas, sino una “dictadura positiva” sobre las condiciones de trabajo. Aquí, de nuevo, encontramos una ilustración de la forma en que el norteamericano opera el método del cambio de valencias, llegando a la conclusión de que “parece posible que el nuevo sistema ofrezca la oportunidad de suprimir del todo esta oposición –esta tensión binaria entre producción y distribución, de la que al parecer no somos capaces de salir– y de imaginar una serie nueva de categorías”¹⁵.

2. La teoría cibercomunista

Marx teorizó dos etapas de desarrollo del comunismo; mientras que apenas describió la etapa comunista, en la

¹⁰ *Ibidem*, p. 480.

¹¹ P. Cockshott y M. Nieto, *Ciber-comunismo*, Madrid, Trotta, 2017, p. 152.

¹² F. Jameson, *Valencias de la Dialéctica*, op. cit., p. 480.

¹³ *Ibidem*, p. 481.

¹⁴ *Ibidem*, p. 482.

¹⁵ *Idem*.

que la sociedad se sustenta ya sobre su propia base, refirió de manera un poco más amplia la fase socialista en la que aún perduran los restos del modo de producción capitalista. Respecto a la fase socialista, Marx nos que pide que empleemos nuestra imaginación.

Imaginémonos finalmente, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, sus muchas fuerzas de trabajo individuales como *una* fuerza de trabajo social. [...] El producto todo de la asociación es un producto *social*. Una parte de este presta servicios de nuevo como medios de producción. No deja de ser social. Pero los miembros de la asociación consumen otra parte en calidad de medios de subsistencia. Es necesario, pues, *distribuirla* entre los mismos. El *tipo* de esta distribución variará con el tipo particular del propio organismo social de producción y según el correspondiente nivel histórico de desarrollo de los productores. A los meros efectos de mantener el paralelo con la producción de mercancías, supongamos que la participación de cada productor en los medios de subsistencia esté determinada por su *tiempo de trabajo*. Por consiguiente, el tiempo de trabajo desempeña un trabajo doble. Su distribución, socialmente planificada, regulará la proporción adecuada entre las varias funciones laborales y las diversas necesidades. Por otra parte, el tiempo de trabajo servirá a la vez como medida de la participación individual del productor en el trabajo común, y también, por ende, de la parte individualmente consumible del producto común¹⁶.

En la cita precedente encontramos los principios que han sido reformulados por los autores de la propuesta cibercomunista. Aplicando la metodología del cambio de valencias, afirman que la tecnología cibernética puede calcular los tiempos de trabajo y los costes, proporcionando las herramientas para que la sociedad fije los objetivos macroeconómicos en el plan. Pero debemos señalar que la teoría cibercomunista se limita a la etapa socialista o de transición. “La propuesta que se desarrolla en este libro se refiere exclusivamente a la primera etapa de la sociedad comunista, el período que tradicionalmente denominamos socialismo”¹⁷.

Respecto a esta etapa socialista, los mencionados autores entienden que primero se nacionalizan los sectores más importantes de la economía, que empiezan a ser incorporados a un plan económico sujeto a la decisión de la totalidad social. Más tarde se empiezan a socializar las empresas pequeñas y medianas; “de forma voluntaria y con la correspondiente indemnización [...], mostrando en la práctica a los pequeños propietarios la superioridad técnica y ventajas de la empresa socialista”¹⁸, o se habilitan fórmulas mixtas, como la organización de la propiedad individual en cooperativas. Lo que nos interesa destacar en este sentido es que Cockshott y Nieto afirman que la forma de la propiedad privada puede por tanto subsistir en sectores pequeños de la economía, insi-
 stando por otra parte en que estos serían limitados por

el plan macroeconómico. La fase de transición o etapa socialista puede perdurar de manera indefinida, de manera que debe contemplarse que existen restos del modo de producción capitalista; es posible que las fuerzas productivas no se desarrollen de manera suficiente, con que la teoría cibercomunista contempla la continuación de la propiedad privada, aunque a escala menor y bajo las limitaciones impuestas por el plan macroeconómico.

Existen tres tipos de circunstancias por las cuales un sector de producción privada a pequeña escala [...] puede subsistir por tiempo indeterminado en una economía socialista: 1) una es el déficit en el desarrollo de las fuerzas productivas para integrar eficazmente todas las actividades en el plan, incluidas de más difícil tecnificación; 2) la otra es el hecho de que en una economía avanzada una parte de la demanda de medios de consumo tiene un componente altamente personalizado [...] y la producción privada independiente o cooperativa puede ser la formas más apropiada de satisfacerla; y 3) para favorecer la innovación empresarial y tecnológica, puede recurrirse a una estructura institucional similar a la de las incubadoras de empresas¹⁹.

Los restos del modo de producción capitalista quedan incorporados a la propuesta; esta se limita únicamente a la fase socialista, en la que persiste la forma de la propiedad privada. La etapa comunista, en la que se ha establecido ya firmemente un nuevo modo de producción, es dejada de lado.

Uno de los objetivos de la teoría cibercomunista es criticar a la escuela austriaca, especialmente a Hayek, cuyas ideas empezaron a cobrar relevancia en los años ochenta en Reino Unido, con el gobierno de Thatcher. Hayek se muestra preocupado por establecer una diferenciación radical entre las ciencias naturales y las ciencias sociales; de esta manera, señala que, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, las ciencias sociales se basan en las opiniones o creencias de los individuos; es decir, existiría un elemento subjetivo que no se encontraría en las ciencias naturales. Así, mientras que un científico natural o físico puede contar con todos los datos disponibles, no ocurre lo mismo con el estudio del campo social. El paradigma propuesto por Hayek (se basa en la comprensión de que la sociedad debe ser analizada en términos de las acciones emprendidas por los individuos de forma consciente. “Todos los fenómenos [según Hayek] se deben entender entonces como un resultado no intencionado de las decisiones de actores individuales conscientes”²⁰.

A este respecto, debemos señalar que Hayek entiende que hay dos formas de conocimiento: el conocimiento científico de las leyes generales, y el *conocimiento específico* de las circunstancias del tiempo y el lugar –por ejemplo, el conocimiento del agricultor que se despierta, mira al cielo y decide no trabajar esa jornada–. Hayek afirma que:

Si aceptamos que el principal problema económico de la sociedad es el de cómo adaptarse rápidamente a los cambios en determinadas circunstancias de espacio y tiempo,

¹⁶ K. Marx, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 96.

¹⁷ P. Cockshott y M. Nieto, *op. cit.*, p. 51.

¹⁸ *Ibidem*, p. 74.

¹⁹ *Ibidem*, p. 162.

²⁰ *Ibidem*, pág. 172.

parecería lógico que las decisiones últimas recayesen en las personas familiarizadas con tales circunstancias, ya que son las que poseen un conocimiento directo de los cambios relevantes y de los recursos disponibles en ese momento para hacerles frente²¹.

Además de dejar de lado el conocimiento técnico, esta concepción del *conocimiento específico* “pasa por alto la tendencia de la sociedad capitalista a captar aun más conocimiento humano en forma objetiva”²². En el capitalismo tardío, a diferencia de lo que ocurría en el capitalismo industrial, no sólo resulta expropiado el trabajo, sino también el conocimiento del trabajador. Esto resulta de especial importancia para la propuesta cibercomunista, puesto que Hayek considera que el denominado *conocimiento específico* no podría ser conocido por un *centro* o agencia de planificación; por el contrario, los autores afirman que:

El “centro” no aspira a conocer los fines y circunstancias individuales (¿para qué tendría que hacerlo?) como tampoco crea la información (más allá de especificar procedimientos para la asignación) ni sustituye a los agentes (empresas y consumidores) en sus valoraciones, simplemente se encarga de procesar la información que estos le transmiten para la coordinación general y estratégica, dentro de la cual se planifica detalladamente por ramas, *clusters* industriales y territorios involucrando en ese proceso a una pluralidad de actores²³.

Por tanto, los autores de la propuesta insisten en que la agencia de planificación no crea la información, sino que procesa los datos que proveen los agentes económicos. Así, critican la idea de Hayek de que la planificación sería imposible debido a que la agencia no podría tener información acerca del *conocimiento específico*.

Cockshott y Nieto critican la llamada tesis de imposibilidad del socialismo, que afirma que en ausencia de un mercado de los medios de producción y sin la utilización del dinero, el cálculo de costes resulta imposible, al igual que no puede llevarse a cabo la asignación óptima de los recursos según los fines perseguidos por los agentes económicos. El socialismo aparece como un error intelectual para Mises, Hayek y otros autores de la escuela austriaca. Estos sostienen la idea de que los partidarios de una economía socializada y planificada “tienen una concepción estática de la economía, por lo que toman como dada una información [...] que en realidad sólo pueden crear espontáneamente los procesos dinámicos del mercado”²⁴. Es decir, Mises y Hayek consideran que la coordinación económica sólo puede realizarse en el mercado a través del libre ejercicio de la iniciativa empresarial, y no mediante una agencia central de planificación. Por tanto, los austriacos consideran que la agencia de planificación no puede disponer de la información que se requiere para la planificación económica. Hayek señala:

Resulta evidente que la valoración de los factores de producción no depende únicamente de la de los bienes de consumo, sino también de las condiciones de la oferta de los diversos factores de producción. La respuesta se seguiría necesariamente de los hechos dados sólo para una mente capaz de conocer simultáneamente todos estos hechos. No obstante, el problema práctico surge precisamente porque estos hechos no se dan nunca de esa forma a una sola mente [la agencia] y se hace, por tanto, necesario buscar una solución que utilice el conocimiento disperso entre mucha gente²⁵.

Hayek afirma que el *conocimiento específico* no puede ser conocido por la agencia, basándose en la idea de que es el ejercicio de la función empresarial el que crea información, concibiendo al precio como una contingencia histórica que emerge de la competición en el mercado.

[Para los autores austriacos] el problema del cálculo económico no sería, en consecuencia, de tipo técnico o algebraico –esto es, de computación– sino un problema de “dinámica económica”, donde de lo que se trata es, en definitiva, de elegir entre fines y medios que no están dados sino que hay que crearlos y descubrirlos a cada instante. La acción dispersa de millones de agentes en el mercado se entiende siempre que sería más eficaz para la coordinación económica y la satisfacción de las necesidades sociales que la actuación planificada. Cálculo económico y conocimiento disperso estarían así indisolublemente unidos²⁶.

Pero cabe preguntarse cómo los austriacos conciben la racionalidad: estos entienden la racionalidad como racionalidad mercantil que se fundamenta en la acción de los individuos dirigida a maximizar sus intereses particulares en el mercado. Sin embargo, la persecución de la maximización del interés es concebido por los austriacos como un rasgo de la naturaleza humana, cuando se trata de una propiedad del sistema mercantil. La teoría austriaca idealiza el verdadero funcionamiento del mercado, en tanto que en dicha teorización “la coordinación mercantil y la información subjetiva es en verdad una construcción normativa basada en supuestos irrealizables –competencia atomística, información totalmente descentralizada al nivel de los individuos [...]– y no una descripción certera de lo que sucede en realidad”²⁷, como por ejemplo la sobreproducción de compañías como BMW que abaratan el producto e incrementan la producción aunque la oferta descienda; esto es algo no puede explicarse por la racionalidad mercantil. Y es que los autores austriacos entienden a la racionalidad económica en tanto que racionalidad mercantil. Por su parte Cockshott y Nieto entienden que, debido a que la valoración de los medios y los fines en el mercado siempre se encuentra distorsionada y mediada, el cálculo racional –mercantil– en el capitalismo es “no racional desde el punto de vista de las posibilidades técnicas

²¹ F. Hayek, *El uso del conocimiento en la sociedad*, en REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, nº 80, 1997, p. 221.

²² P. Cockshott y M. Nieto, *op. cit.*, p. 172.

²³ *Ibidem*, p. 248.

²⁴ *Ibidem*, p. 232.

²⁵ F. Hayek, *op. cit.*, p. 226.

²⁶ P. Cockshott y M. Nieto, *op. cit.*, p. 232.

²⁷ *Ibidem*, p. 252.

existentes y de las verdaderas necesidades sociales de la población”²⁸.

La tesis de la imposibilidad del socialismo se basa en fundamentos ideales, utilizando una falacia argumental. Mises y Hayek reducen el contenido –como las variaciones registradas, las proporciones, etc.– a la forma, es decir, a la forma específicamente histórica en la que el cálculo se lleva a cabo en el capitalismo. “En efecto, como la forma en que se determinan los costes [...] en el sistema capitalista es por medio de la libre competencia, Mises y Hayek consideran que el cálculo económico racional sólo es posible por esa vía”²⁹, es decir, los austriacos toman una forma de cálculo como la única posible, entendiendo que los procedimientos de la toma de decisiones económica, atomística y maximizadora del interés particular como parte fundamental de toda forma de cálculo racional. Sin embargo, los autores de la teoría cibercomunista consideran que el proceso de cálculo en el capitalismo es confuso y se encuentra distorsionado; no obstante, consideran que gracias a la tecnología cibernética es posible una forma de cálculo no mercantil, sino basada en el tiempo de trabajo. A este respecto mencionan que Wal-Mart o Amazon funcionan a la manera de una única empresa, utilizando la cibernética pero en el marco confuso y distorsionado del mercado, donde dichas compañías se reservan la información.

Wal-Mart puede predecir la demanda y el nivel de inventarios, de modo que todos los eslabones de la cadena de suministro sincronizan sus planes para reponer existencias en almacenes y tiendas. Procedimientos similares utiliza Amazon, pionera en la denominada logística inteligente. Este tipo de gestión informatizada queda circunscrita a cada empresa (o grupo industrial), que sigue moviéndose en un marco de incertidumbre y opacidad general, cuando es la que se extendería hasta la coordinación global en una economía socialista³⁰.

Y es que los autores de la teoría cibercomunista encuentran imágenes del futuro utópico emergiendo en nuestro propio presente. En este sentido, los autores pretenden seguir esa idea de Bloch de que la “utopía concreta” debe estar siempre en relación con las posibilidades objetivas de una determinada situación histórica. Los ejemplos de Wal-Mart y Amazon son ejemplos históricos. Pero Ernest Bloch afirma que “las utopías abstractas habían dedicado las nueve décimas partes de su espacio a la pintura del Estado futuro, y sólo una décima parte a la consideración crítica, a menudo sólo negativa, del presente”³¹. Por tanto, el pensamiento utópico debe aunar tanto la crítica del presente –por ejemplo, de las consecuencias perjudiciales de cadenas monopolistas como Wal-Mart y Amazon– con la figuración y la teorización de la sociedad del futuro; de esta manera, Bloch señala que Marx va corrigiendo “las anticipaciones de las utopías por medio de la economía, por las transformaciones inmanentes de las formas de producción e

intercambio”³², siendo tarea de la teoría cibercomunista corregir la utopía a través de la economía. A este respecto, Cockshott y Nieto afirman que:

Para que el comunismo marxista no devenga mera especulación utópica, el reto que se le plantea en el contexto de las sociedades complejas actuales es demostrar que se trata de una alternativa no sólo deseable desde un punto de vista ético (de la justicia social y la libertad), sino también institucionalmente viable, explicando cómo podría funcionar otro sistema de producción y asignación de recursos sin repetir los errores de las experiencias pasadas. Para ello debe especificar los principios económicos fundamentales en los que habría de basarse esa nueva sociedad postcapitalista así como los dispositivos institucionales que los harían operativos³³.

Los requisitos que la teoría cibercomunista se impone a sí misma, además del mandato dialéctico de historizarlo todo, comprenden tanto la necesidad de coherencia lógica de la teoría, como la existencia de las condiciones tecnológicas que permitan la aplicación real y efectiva de la propuesta. Es decir, podemos encontrar teorizaciones que dibujan un futuro deseable, pero que no se hallan en consonancia con las posibilidades objetivas e históricas de la postmodernidad. “Una propuesta puede estar formalmente bien fundada, ser internamente consistente, pero si su realización depende de condiciones que no están disponibles, el resultado será necesariamente insatisfactorio”³⁴.

Este problema de la falta de una tecnología lo suficientemente desarrollada, lo encontramos sin duda en los experimentos cibercomunistas en la URSS. La tesis de los autores consiste en que las reformas mercantiles, favorables al mercado y a la extensión de las formas de la propiedad privada, no eran las únicas medidas políticas que podían implementarse en la URSS; hubo propuestas revolucionarias en el campo de la cibernética que no fueron escuchadas por los burócratas soviéticos. “Un nutrido grupo de destacados académicos soviéticos [...], se propuso desarrollar en sucesivas tentativas un proyecto para establecer un sistema computerizado de gestión planificada de la economía nacional”³⁵ antes de la caída de la URSS.

Los autores señalan que la primera propuesta cibercomunista corrió a cargo de Anatoly Kitov, considerado como uno de los fundadores de la cibernética soviética. Basándose en las redes militares con las que trabajaba, propuso que la tecnología computacional y sus procesos no se limitaran a las redes militares, sino que se expendieran a la economía. La propuesta, como el lector puede imaginar, fue rechazada, igual que fueron dejadas de lado el resto de propuestas. El segundo intento tuvo lugar a principios de los setenta y corrió a cargo del director del Instituto de Cibernética de Kiev, Viktor Gluschkov, quien amplió el proyecto de Anatoly Kitov a través un sistema de flujos centralizados y descentralizados al mismo tiempo, que era capaz de ir creando

²⁸ *Ibidem*, p. 253.

²⁹ *Ibidem*, p. 238.

³⁰ *Ibidem*, p. 250.

³¹ E. Bloch, *El principio esperanza*, vol. 1, Madrid, Trotta, 2004, p. 197.

³² *Ibidem*, p. 197.

³³ P. Cockshott y M. Nieto, *op. cit.*, p. 33.

³⁴ *Ibidem*, p. 34.

³⁵ *Ibidem*, p. 27.

nodos locales, codificando datos, digitalizando las comunicaciones y llegando a posibilitar la sustitución del dinero por un sistema electrónico de pagos. “Gluschkov lo volvió a intentar años después [...], con el proyecto OGAS, concebido como una auténtica red descentralizada y antiburocrática de gestión económica en tiempo real con la participación de los propios trabajadores”³⁶. A este respecto, podemos señalar que la propuesta cibercomunista aparecía ya dotada de un enorme grado de complejidad.

Lo que en nuestra sociedad aparece como negativo y orientado a la vigilancia, como el *big data* y el cálculo algorítmico, puede ser concebido como positivo; en tanto que esas mismas tecnologías son precondiciones lógicas de aparición de un fenómeno como Wal-Mart o Amazon, pueden ser concebidas así mismo como rasgos específicos de la realidad existente que podrían ser incorporados como elementos componentes de un sistema diferente: utópico pero deseable y factible. Aunque resulta evidente que “la tecnología no resuelve nunca por sí misma las contradicciones esenciales de una sociedad. Los posibles cursos de desarrollo para un país se dirimen siempre en una disputa que en último término es política, vinculada a la lucha de clases”³⁷. Sin embargo, los autores de la teoría cibercomunista insisten en que la tecnología dota de viabilidad a las propuestas, y celebran el desarrollo de la tecnología cibernética, coincidiendo con Jameson en que tanto Wal-Mart como Amazon proporcionan imágenes de la sociedad planificada del futuro.

Los recientes desarrollos en la capacidad informática, los *big data* o la inteligencia artificial no hacen más que alumbrar el enorme potencial del socialismo como porvenir de la humanidad. Todas estas grandes posibilidades ya se adivinan en el funcionamiento de algunas de las grandes empresas actuales punteras en la aplicación de las nuevas tecnologías de la información como pueda ser Wal-Mart. [...] Amazon, empresa líder en la logística inteligente, es un caso similar³⁸.

Tanto Wal-Mart como Amazon continúan utilizando, además de la forma de la propiedad privada y la contabilidad mercantil, los precios en tanto que información. A este respecto, los autores señalan que si no consideramos al precio como información, sino como mecanismo a través del cual se concibe la información, entonces podemos considerar que ese mecanismo o *máquina* puede ser sustituido por la *máquina cibernética*. Es posible que un mecanismo automatizado “reemplace al mercantil y sea capaz de captar, transmitir y procesar de un modo más eficiente y en tiempo real toda esa información básica relativa a las preferencias individuales de consumo y a las condiciones tecnológicas de la producción”³⁹. Es decir, la teoría cibercomunista considera al sistema de precios en tanto que sistema de telecomunicaciones en el que la información se suministra en dos capas: la capa

de las preferencias de los consumidores, y la de las condiciones y costes de la producción.

Toda sociedad en la que opera la división del trabajo, requiere de la computación de los costes de la producción material según el trabajo. Dicho cómputo, en las sociedades del capitalismo tardío, tiene lugar de una manera espontánea e indirecta a través del dinero y del sistema de los precios; sin embargo, gracias a la tecnología cibernética Cockshott y Nieto conciben una sociedad de economía planificada donde la coordinación consigue que la computación del tiempo de trabajo no sea espontánea e indirecta sino consciente y directa, como si toda la economía fuera una empresa que hubiera prescindido del dinero. Dicha forma de cómputo socialista requiere de “i) tomar el trabajo como medida de costes; y ii) un sistema retributivo en bonos de trabajo en sustitución del sistema de salarios capitalista”⁴⁰.

En lo referente al cálculo de los costes en una economía socializada, este debería llevarse a cabo en términos de trabajo; por una parte, el trabajo directo computa aquel que ha sido llevado a cabo por los trabajadores durante el proceso productivo; por otra parte, el indirecto incorpora el trabajo ya objetivado en los medios de producción utilizados, como los ordenadores y otros dispositivos tecnológicos.

[El trabajo indirecto] puede descomponerse a su vez en nuevo trabajo directo e indirecto, y así sucesivamente. Esto significa que el trabajo total de una mercancía es la suma de las cantidades sucesivas de trabajo directo realizado en los distintos periodos (donde TT es trabajo total; TD, trabajo directo; y TI, trabajo indirecto, y los índices marcan cada periodo). $TT = TD + TI = TD + (TD1 + TI1) = TD + TD1 + (TD2 + TI2) \dots = TD + TD1 + TD2 + \dots + TDn$ ⁴¹.

Dentro del marco de una economía no mercantil, el cálculo del coste se realiza según las horas de trabajo empleadas durante el proceso productivo, así como del trabajo indirecto, con que el ingreso que reciben los trabajadores depende necesariamente del tiempo de trabajo. Se trata de la propuesta de los bonos de trabajo, que ya fue mencionada por Marx según señalan los autores, pero que en la teoría cibercomunista será reformulada bajo la forma de tarjetas laborales. Los autores refieren a la obra de Guerrero⁴², quien afirma que en una sociedad de economía planificada y socializada, cada trabajador contaría con una tarjeta laboral donde no sólo se contabilizarían los ingresos y los gastos en términos de bonos laborales, sino también el ahorro. El producto final supone el total del tiempo de trabajo que ha sido objetivado tanto en los bienes como en los servicios, es decir, se trata de la suma de las jornadas de trabajo. Por tanto, el producto final, tras haber sido descontados los fondos dedicados a los servicios públicos y las personas que no trabajan, sería distribuido a cada sujeto a través de las tarjetas laborales. “Así pues, cada productor recibe de la

³⁶ *Ibidem*, p. 27.

³⁷ *Ibidem*, p. 29.

³⁸ *Ibidem*, p. 36.

³⁹ *Ibidem*, p. 35.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 150.

⁴¹ *Ibidem*, p. 151.

⁴² D. Guerrero, *Valores, precios y mercado en el post-capitalismo (Una interpretación de la concepción económica del comunismo en Marx)*, en *VII Coloquio Latinoamericano de Economistas Políticos*, Caracas, 2007, pp. 1-42.

sociedad exactamente lo mismo que aporta a ella. Decidiendo la cantidad de horas que quiere realizar un productor se está eligiendo el nivel de consumo deseado⁴³.

Tras haber mencionado los requisitos del trabajo como medida de los costes, así como el sistema de bonos de trabajo o tarjetas laborales, queda por referir el requisito de la democratización de la planificación económica. A este respecto, Cockshott y Nieto señalan que la planificación cuenta con “dos procedimientos distintos”⁴⁴; el proceso de ámbito general remite al plan macroeconómico en el que participa toda la población, mientras que el de ámbito individual trata la cuestión de la distribución de los medios de consumo según la fluctuación de las preferencias de los consumidores. Respecto al procedimiento de planificación de ámbito general, consiste en la creación de una matriz de productos e insumos. Como una rama o industria produce algo que es utilizado como insumo en el proceso productivo de otra rama, las filas de la matriz “representan las distintas actividades o ramas de la economía, y en ellas se indica a dónde va a parar su producción (*outputs*), mientras las columnas representan los productos (*inputs*) que cada rama utiliza de las demás”⁴⁵. Es decir, cada rama aparece en dos ocasiones: en la fila como proveedora de recursos, y en la columna como consumidora. La producción total de una rama es dividida, en la propuesta cibercomunista, entre la producción intermedia que es destinada al proceso productivo, y la producción final que se dirige al consumo individual y social, pero también a la inversión en la red productiva. El objetivo es que la producción total de una rama –por ejemplo, la producción de ordenadores, que depende de muchas otras industrias o actividades– iguale o supere ligeramente el uso total que ha sido previsto mediante la tecnología cibernética. Esta opera la matriz de producto-insumo, de manera que conoce la cantidad de productos –siguiendo el ejemplo, buses, memorias RAM o microchips– que se requieren en una industria para producir una unidad, como un ordenador. Además, la tecnología cibernética calcula conociendo los recursos ya existentes, de forma que asigna los recursos a través de ecuaciones simultáneas que respetan las proporciones entre las ramas y los usos finales de la producción bruta. “Al mismo tiempo, y sobre esta base, se trata de optimizar el plan nacional: a partir de unos objetivos de producción deseados, se busca la asignación de recursos que los maximice”⁴⁶.

Pero la planificación económica requiere de la participación de la totalidad de la sociedad en la economía. Los objetivos de desarrollo de la economía, el destino de la inversión en la red productiva y en los servicios sociales, las principales magnitudes de la economía; todo depende en este sentido de la decisión democrática, que es facilitada gracias al ciberespacio, de forma que no resulta complicado imaginar que los datos de las tarjetas laborales se encontraran disponibles en la red, así como una aplicación en que cada sujeto pudiera votar por los objetivos económicos, la realización de infraestructuras

o inversión, decidiendo también la parte de los excedentes que serían destinados a otros sectores –como los sectores pasivos de la sociedad–. A este respecto, la planificación democrática de la economía depende de la “revisión en tiempo real del plan mediante la distribución de los medios de consumo según las preferencias de los consumidores, expresadas en sus decisiones de compra a través de bonos de trabajo”⁴⁷. De esta manera, el control social de las fuerzas productivas y la elaboración del plan macroeconómico supone la sustitución del proceso espontáneo y anárquico de la producción capitalista.

Una vez que hemos expuesto el procedimiento general del plan macroeconómico, que remite al proceso de producción, debemos fijarnos en el procedimiento de ámbito individual. Como hemos referido, los consumidores gastan los bonos laborales; según la cantidad de horas de trabajo que han decidido realizar, han escogido también su nivel de consumo. Pero las preferencias de los consumidores también forman parte del plan, que va fluctuando en tiempo real según se van modificando las decisiones de los consumidores. Los autores de la teoría cibercomunista señalan que cada artículo “se marca con dos «precios» en horas de trabajo”⁴⁸; el precio de coste medido en cantidades de tiempo de trabajo, y el precio efectivo que se establece con el objetivo de equilibrar la oferta y la demanda. Si ocurre el caso de que la oferta no coincide con la demanda, entonces se modifican los precios efectivos respecto a su precio de coste, disminuyendo los precios efectivos de los artículos con baja demanda; si esta medida no resulta efectiva y continúa el desequilibrio entre la oferta y la demanda, entonces se cambia la cantidad que se produce de esos artículos, incrementando la producción de aquellos cuya relación precio/coste sea mayor al promedio.

Concluyendo, a lo largo del texto hemos sostenido la tesis de que la teoría cibercomunista articula el método del cambio de valencias, una metodología que también encontramos operando en el análisis jamesoniano de Wal-Mart. Tanto Cockshott y Nieto como Jameson realizan sus interpretaciones partiendo de una idea de utopía concreta que debe estar en consonancia con las condiciones materiales de una determinada situación histórica. La utopía abstracta supondría una elaboración semejante a la fantasía; por el contrario, los autores de la propuesta cibercomunista pretenden precisamente que el marxismo logre esquivar el utopismo. En este sentido, hemos destacado que proporcionan imágenes de un futuro utópico emergiendo en nuestro presente postmoderno, lo que resulta de gran utilidad política para confrontar el dogma neoliberal de que hay no hay alternativa a la destrucción inherente al sistema capitalista.

El análisis jamesoniano de Wal-Mart nos ha servido para exponer que, las invenciones que posibilitan la irrupción de un fenómeno –como el código de barras–, pueden ser utilizadas en un sentido positivo gracias al uso revolucionario de la tecnología cibernética. Lo mismo ocurre con el *big data* y el cálculo algorítmico en el caso de Cockshott y Nieto. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el capitalismo, en la propuesta ciberco-

⁴³ P. Cockshott y M. Nieto, *op. cit.*, p. 153

⁴⁴ *Ibidem*, p. 154.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 155.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 156.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 38.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 162.

munista “toda la información se transmite a lo largo de la cadena de dependencias intersectoriales y empresariales del aparato socializado en tiempo real y sin cortocircuitos, algo imposible en el mercado, donde cada empresa retiene la información”⁴⁹. Bajo las condiciones del mercado, también resulta imposible que la sociedad decida sobre la economía, uno de los requisitos de la

propuesta cibercomunista. Esta plantea un horizonte de lucha política hacia el socialismo contemplando, sin embargo, la posibilidad de que durante dicha fase de transición perduren los restos de la forma de la propiedad privada, al menos hasta que la sociedad pueda sostenerse sobre las bases de un nuevo modo de producción, lo que supondría la realización del novum utópico.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 38.